

Laura

William Carro



Capítulo 1

Era mediodía en la estación del tren, el rabioso sol de principios de enero no daba tregua, de lejos se veía llegando la vieja locomotora resoplando, tratando de subir el repecho buscando descanso, entre silbidos y ruido de hierros raspando los rieles paró en el andén; la estación antes desierta cobró vida, Laura bajó los peldaños abriendo su pequeña sombrilla roja con flores blancas, se dirigió entre la muchedumbre a buscar su equipaje, esquivando señoras de sociedad muy bien vestidas acompañadas de caballeros enfundados en trajes no muy apropiados para la estación, peones rurales, viajantes de comercio, niños, perros y oficiales del ejército, recuperó sus bártulos; cansada de tan largo viaje buscó sombra en la pérgola de madera con techo de chapa contigua al andén, se sentó en un banco, el tren siguió su viaje, dejando en toda la estación la mezcla de humo y vapor, cuando ésa mezcla se disipó en el aire, se reveló un paisaje que ella conocía, de niña solía ir a la estación a ése mismo banco a ver llegar el tren.

Se fue dando cuenta que nada había cambiado en 30 años, sólo las huellas del paso del tiempo y la falta de mantenimiento de las instalaciones eran la diferencia. Había avisado que vendría en una carta enviada desde la ciudad una semana antes, miró el reloj del andén y marcaba la 1:30, le pareció raro, esperó unos minutos más y decidió caminar; salió de la estación luchando con sus maletas y maldiciendo el brutal calor, se dio cuenta que su vestimenta no estaba de acuerdo con el clima, pero en aquella época era de estilo viajar con las mejores prendas. Debía caminar unas diez cuadras hasta llegar al pueblo, luego atravesarlo y un trecho de veinte cuadras más de camino de tierra para llegar a su destino, contrariada y con enfado decía, "cómo se puede haber olvidado", una cuadra antes de llegar a la plaza paró un momento a la sombra de un árbol y la embargó una duda "habré tomado la decisión correcta viniendo".

A mitad de camino comenzó a cruzar la plaza, se volvió a quejar - que le pasó a este pueblo, nunca plantaron un árbol; sí, era un páramo con algunas macetas con plantas que pedían a gritos por agua, unos caminitos de piedra y un gran monolito en el centro en honor a algún ilustre desconocido, lo bueno es que, el catafalco daba sombra a algunos bancos donde había reunidas algunas señoras, soportando estoicamente con sus mejores prendas, los casi 40 grados. Nuevamente la duda apareció, Laura pensaba -y si alguien me reconoce, que hago, saludo o no; sintió mientras avanzaba los varios pares de ojos que se clavaron en su figura, ya venía haciendo malabares con los bolsos la sombrilla y el sombrero, sus tobillos y sus pies con zapatos de taco fino se torcían entre las piedritas del camino; al pasar cerca de las señoras sin mirarlas dijo - buenas tardes, en un tono bajito; - igualmente, le dijeron, Laura siguió su camino escuchando mientras se alejaba el murmullo de las señoras. Atravesó el

pueblo y a los tumbos recorrió los doscientos metros de camino de tierra para llegar a la portera de ingreso a la propiedad, al ver la casa y sus alrededores una ola de recuerdos la aturdieron, soltó los bolsos y valijas, se sentó en el tronco de un viejo roble, el enojo por el largo viaje y el recorrido tortuoso desde la estación se juntaron y rompió en llanto.

Laura era una importante profesional, vivía para trabajar, sus largas jornadas laborales no le dejaban tiempo para disfrutar de las cosas simples. Desde pequeña se destacó por su inteligencia, pronto el pueblo le quedó chico y se mudó a la ciudad, sus padres la enviaron al mejor colegio y vivía con una tía que oficiaba de tutora. En ese entorno desarrollo todos sus estudios, su tía era una persona muy culta y le enseñó todas las formas y le generó todos los contactos para tener éxito en la alta sociedad, raramente volvía al pueblo; no tenía mucho apego con sus padres y con su único hermano la relación nunca fue buena. Tal vez por estos motivos nunca formó una familia, lo que en esa época no estaba bien visto.

Sentada en el roble, parte de la película de su vida pasó frente a ella, no podía parar de llorar, sólo recordaba vívidamente dos regresos al pueblo; para enterrar a su padre y para enterrar a su madre; venía de haber enterrado recientemente a su tía. Sólo le quedaba su hermano, con el que hacía años se hablaba. Cuando logró parar de llorar, se recompuso, juntó sus cosas y se dirigió a la puerta de la casa, golpeó y nadie atendió en varias ocasiones, fue recorriendo por fuera vichando por las ventanas para adentro y a la vez volviendo a sentir la sombra del hermoso parral, los olores del jardín y la huerta de su madre, se acercó al brocal del pozo y sintió el olor del agua fresca; vio un charretín con un viejo caballo enganchado y pensó - éste debe de estar durmiendo, se olvidó de ir a buscarme y todavía dejó al pobre caballo enganchado; se acercó al animal y automáticamente comenzó a sacarle la cincha las correas y lo aperos como cuando era niña.

En el campo alguna puerta siempre queda abierta, por las dudas; recordó que de niña se entraba por una puerta a una pieza en la cual se dejaban las botas embarradas y algunas herramientas; esa pieza conectaba con la cocina y la puerta de la cocina algunas veces quedaba abierta, pudo entrar por ese lugar. No encontró a nadie, recorrió toda la casa y parecía un museo, todo en el mismo lugar juntando polvo; sólo cuatro lugares parecían habitados por alguien, la cocina, un pequeño living con estufa a leña, un dormitorio y un baño, las otras tres cuartas partes de la casa parecía, por la suciedad, que hacía años no se usaba, hasta se dio cuenta que la puerta de entrada estaba tapiada por dentro. Todas las ventanas estaban cerradas y con gruesos postigones, tuvo que buscar una lámpara que a duras penas pudo encender, a tientas subió por las escaleras que se quejaban a cada paso hasta el segundo piso, giro a la derecha en un acto reflejo y vio algo de luz en lo que era su antiguo dormitorio, la ventana no tenía postigones, corrió la cortina y entró el sol iluminándolo todo, no

estaba tan sucio y sus muebles seguían ahí como hace treinta años.

Después de entrar sus valijas, se dedicó a limpiar un poco más su dormitorio, ya el cansancio la estaba ganando, pensó en el agua fresca del pozo, imitando a su madre cuando era niña trajo varios baldes del pozo y los vació en la tina del baño, se desnudó y se metió en ella, el agua fresca fue un remanso, tanto que se quedó dormida. Cuando empezó a bajar el sol, el baño se tiñó de un ocre pálido, abrió los ojos y por un momento sintió ganas de gritar "mamá, tráeme la toalla", fue un segundo, pero nuevamente los ojos se le llenaron de lágrimas. Ya vestida más cómoda, blusa blanca y una pollera a cuadros, decidió ir para el pueblo para averiguar el paradero de su hermano. Noche de verano cielo claro lleno de estrellas, lámpara de kerosene en la mano, bajó por el camino de tierra llegando al pueblo, la plaza estaba concurrida, las señoras seguían en el mismo banco de la plaza, todo en su lugar. Laura seguía con dudas, pero no sabía con quién hablar, dio dos vueltas a la plaza y cuando comenzaba la tercera se le acercó un mozo que, agarrándose la boina le preguntó, - buenas noches, usted no es de acá, ¿no?", -sí, pero estoy de paseo, no vivo aquí desde hace muchos años, -una de las señoras sentadas allá me dijo que su cara le parecía conocida, ¿y donde vivía? repregunto el paisano; Laura no era una mujer fácil y no le pareció bien el atrevimiento del galán, pero su mente dio un giro y le contestó, - ¿usted conoce a alguien llamado Braulio?, - Si, Don Braulio, ¿el de la casa de dos pisos a varias cuadras del pueblo por el camino de tierra?, -exacto, ¿dónde lo puedo encontrar?, - me parece que para seguido en el boliche del Lucho, - ¿dónde queda ese establecimiento? preguntó Laura, - en aquella esquina, apuntando con el dedo índice para el lado norte, pero ese no es lugar para una señora como usted, ¿necesita que la acompañe ?, Laura contestó -me se valer por mí misma, gracias" y arrancó como una tromba, el paisano quedó como un trompo en el medio de la plaza mientras las señoras del monolito se reían a carcajadas. - El boliche del Lucho, claramente no era un lugar para una dama, bar de copas con hileras de parroquianos tomando todo tipo de beberaje, era más una pulpería, hasta rejas en el mostrador tenía, dos faroles a mantilla eran toda la iluminación, en una pared lateral habían pintado una ventana simulando un paisaje exterior con campos de flores y un cielo azul, un poema aquella pintura. Laura entró a el local y el mundo se congeló, el improvisado grupo de músicos guitarra bajo y acordeón verdulera paró de tocar, dos parroquianos salieron corriendo por una puerta en el fondo a esconderse detrás de una cortina de arpillera, otros dos se atragantaron con amarga con vermut quedando en un ataque de tos; el Lucho detrás del mostrador con un pucho en la boca y una jarra de vino carlón en su mano, miró a la mujer de arriba abajo como sacándole una radiografía, en una mesa de truco los cuatro integrantes hicieron lo mismo; la figura de Laura bañada por la tenue luz de los faroles con su blusa blanca y pollera avanzó hacia el mostrador y encaró al señor Lucho preguntando, ¿ha visto usted a Don Braulio? El empresario tardó un rato en contestar sopesando la respuesta y dijo "no sé, hay mucha gente en el establecimiento, búsquelo en las

mesas del fondo" sacándose la responsabilidad de encima; las mesas del fondo eran el destino diario de muchos que empezaban a tomar alcohol desde temprano, la mayoría estaban totalmente borrachos y ni repararon en la presencia de la bella mujer, Laura avanzó entre las mesas y cuando llegó al final del salón en una esquina creyó reconocer una vieja camisa de felpa a cuadros; el parroquiano era su hermano abrazado a una botella de ginebra durmiendo la mona, Laura volvió sobre sus pasos y salió del boliche, el trío de músicos comenzó a tocar nuevamente. Al salir tuvo que esquivar una pequeña muchedumbre que se había reunido a esperar el desenlace de tan inusual ocasión, las damas del monolito estaban en primera fila.

Llegó a la casa paterna preocupada y enojada, se acostó en su antigua cama, la luz de la luna entraba por la ventana sin cortinas, la perspectiva desde su posición en la cama era la misma de cuando era niña, nuevamente los recuerdos la invadieron, los buenos y los malos, entre el calor, los recuerdos y los pensamientos acerca de su hermano, demoró en dormirse. Un golpe y unos quejidos la despertaron en la madrugada, bajó casi corriendo las escaleras y encontró a Braulio en cuatro patas tratando de incorporarse, el olor a ginebra mezclado con sudor era insoportable; era normal que Braulio viviendo sólo llegara en esas condiciones casi todos los días, esa noche había tropezado con una de las maletas de Laura; sin respirar profundo Laura trató de ayudarlo y con mucho esfuerzo llegó a acercarlo al sillón del pequeño living y lo tapó con una vieja colcha.

Cuando el sol le pegó en la cara Laura se despertó, eran las cinco y media de la mañana y tenía la sensación de no haber dormido, bajó de nuevo casi corriendo las escaleras a ver cómo estaba su hermano, para su sorpresa encontró todo en orden y Braulio no estaba en el sillón, recorrió la casa en vano, su hermano no estaba; volvió a su cuarto para vestirse, salió de la casa por la puerta trasera y lo vio, bajo un frondoso fresno, sentado en una cabeza de vaca, tomando mate. Braulio estaba recién bañado con ropa limpia y fresco como una lechuga, la miró con una sonrisa y le hizo una seña con la mano para que se acercara; Laura caminó incrédula de lo que estaba viendo, - arrimáte le dijo señalando un banquito, seguís siendo flaquita pero todavía tenés fuerza para ayudar a un viejo borracho, siempre pensé que en algún momento ibas a aparecer, cuando me desperté subí a verte, pero no quise molestarte tan temprano, Laura dijo - no entiendo, anoche no me hablaste nada, supongo por las condiciones en las que llegaste, además estaba muy enojada, no me fuiste a buscar, te encontré en ese burdel y estabas durmiendo, Braulio dijo - bueno si empezamos así no nos vamos a entender, dijo Laura - te mandé una carta avisando que venía, te he escrito durante muchos años y nunca me contestaste nada, ni una carta, dijo Braulio - tenés razón, en el cajón de la mesa de la cocina están todas tus cartas, nunca te contesté porque nunca las leí A Laura se le cayó el mundo encima, no comprendía el comportamiento de su hermano. Su formación académica y su estilo de

vida iban en contra de ese tipo de comportamiento, pero a la vez se dio cuenta del velado reclamo de su hermano "siempre pensé que en algún momento ibas a aparecer" el sentido de esas palabras tenía dos lecturas, claramente pensaba en ella y claramente había estado ausente durante muchos años. Tomando el mate que Braulio le cebó reflexionó sobre el tema y entendió que ésta primera charla era la antesala de muchas otras, absolutamente necesarias. En silencio siguieron mateando casi como si el tiempo no hubiese pasado. Llegado el mediodía Braulio enganchó el manso caballo al charretín, llamó a Laura y le dijo - vamos a almorzar a lo de Don Jeremías, Laura le contestó -yo pensaba cocinar si tenías algo de carne y verdura, Braulio dijo - yo nunca cocino. Emprendieron el viaje al pueblo por el polvoriento camino; lo de Don Jeremías era la única fonda del pueblo con pretensiones de restaurante, pero sólo unos escalones más arriba que el boliche de Lucho, menú del día un solo plato, un día puchero, un día estofado y un día guiso, vino de la zona o jarra de agua; entraron al lugar sacudiéndose el polvo del camino y trataron de buscar el lugar más fresco para sentarse. Laura preguntó - siempre comes aquí?, Braulio dijo -si, como asombrado por la pregunta. Más asombrada estaba la concurrencia en el local al ver acompañado a Braulio, fue tan evidente que en un momento Braulio se paró y golpeando una copa con un tenedor dijo con voz fuerte - Para que no se confundan, ella es mi hermana Laura, que ha venido a visitarme, espero que todos la hagan sentir bienvenida, gracias, terminado el discurso todos los presentes asintieron con sus cabezas y volvieron a sus platos.

Almorzaron sin hablarse, cuando terminaron Laura se levantó con intención de irse, Braulio le dijo - vamos a quedarnos un rato, afuera hace un calor tremendo y aquí está bastante fresco, además podemos hablar un rato, Laura asintió con la cabeza y volvió a sentarse, ¿por qué volviste? Preguntó Braulio, después de un largo silencio Laura respondió - hace unos días escuché algo que me dejó pensando; en la ciudad Laura tenía su estudio en uno de los mejores barrios y todos los mediodías almorzaba en el mismo elegante restaurante con una terraza con vista a una hermosa plaza; - nunca me interesó mucho la política dijo, mi actividad no depende de los vaivenes políticos, pero ese día había un mitin con varios oradores, un veterano dirigente con más filosofía hablaba más de la vida que de política, por eso llamó mi atención, y dijo - no se puede comprar tiempo en el mercado del barrio, la vida se va, pasamos comprando cosas que no usamos y tenemos que trabajar diez horas por día para poder mantener esas cosas, - me golpeó esa verdad porque yo me identifiqué en esa frase, toda mi vida se basa en el trabajo, tengo varias propiedades en diferentes puntos de la ciudad, tengo joyas, mucho dinero en el banco y mucha ropa cara que casi no uso, vivo sola en una casa que podrían cobijar a dos familias con cinco hijos, he realizado algún viaje, pero siempre sola; nunca formé una familia, el único pariente que me queda sos vos, todo eso me dio vuelta en la cabeza durante varios días hasta

que decidí escribirte, comprar el boleto del tren y venir.

Braulio la miro con una sonrisa, le tomó la mano y le dijo – me alegro que te hayas dado cuenta, siempre hay tiempo para cambiar las cosas, durante muchos años viví enojado con vos, tenías diez años cuando de fuiste y yo tenía diecisiete, te imaginas la envidia que sentí en ese momento? Me quedé trabajando en el campo hasta que papá murió, tuve que cuidar a mamá hasta que murió, yo tampoco pude formar una familia; cuando me quedé sólo dejé de trabajar el campo, arrendé toda la propiedad y de ahí en adelante mi vida se empezó a desbarrancar, la soledad y el alcohol fueron mis compañeros durante muchos años, Laura lo interrumpió y dijo – por eso nunca me contestaste las cartas, ¿cómo podía saber tu triste situación? Braulio dijo – no quería complicarte, veía en los diarios tus logros y pensaba que eras feliz y que yo no podía tener lugar en tu vida. Quedaron en silencio durante varios minutos mirándose uno al otro hasta que Laura dijo – ahora entiendo tu odio hacia mí, no Laura dijo Braulio nunca te odié, era envidia por tu feliz vida, ahora me doy cuenta que los dos hemos vivido equivocados, vos te refugiabas en el trabajo, yo me refugiaba en el alcohol. Los dos se pararon se abrazaron por un rato y con lágrimas en los ojos salieron del bodegón.

Laura decidió quedarse con Braulio varios días, se pusieron de acuerdo para limpiar la casa, reparar varias cosas y recuperar la huerta y el jardín de sus padres, Braulio dejó de ir a lo de Lucho y decidieron no ir más al bodegón de Don Jeremías, cocinaban juntos y fueron rearmando su relación.

La vida se transformó en algo simple y común para los hermanos, pasaban los meses y Laura se adecuó a esa vida y no deseaba volver a la ciudad. Empezaba el invierno y el sol se ponía en el Horizonte; estaban como todas las tardes en la terraza del frente de la casa, mirando el campo y a lo lejos el pueblo que empezaba a prender las lámparas y Braulio dijo – tengo algo que contarte, si un día de éstos dejo este mundo quiero que sepas que tengo todo arreglado con el escribano del pueblo, como es natural, todo esto es tuyo, Laura con cierta sorpresa y preocupación preguntó - ¿de qué estás hablando? Braulio con su voz medio quebrada le dijo – hace unos meses fui a la ciudad a ver un doctor, me hicieron unos estudios y tengo una cirrosis muy avanzada, me queda poco tiempo, cuando volviste, aquella mañana que me viste tomando mate bajo el viejo fresno estaba decidiendo que hacer, al verte después de tantos años, me acorde de la pequeña niña que adoraba y decidí pasar los días que me queden en paz con el mundo y especialmente con vos. Laura saltó de su asiento y abrazó su hermano, Braulio le dijo – lo que más deseo ahora es seguir adelante como hemos estado viviendo estas últimas semanas, juntos.

Lo inevitable llegó y Laura se vio enterrando a su hermano junto a sus padres, en ese momento casi todo el pueblo estuvo junto a ella. Todos se

pusieron a su disposición, Laura descubrió que su hermano y su familia eran muy apreciados, lo que le dio algo de confort en ese duro momento. Días después Laura volvió a la ciudad, en un mes vendió todas sus pertenencias, cerró su oficina y dejó una orden en el banco para que todo el dinero fuera donado a la alcaldía del pueblo. Sólo dejó tres instrucciones en la alcaldía, el dinero debía destinarse a 1) Plantar árboles en toda la calle principal del pueblo y adoquinarla. 2) Llevar la línea de luz eléctrica a todo el pueblo y también la nueva línea telefónica. 3) Remodelar totalmente la plaza principal, sacando el feo monolito poniendo una hermosa fuente. Ella misma se encargaría del seguimiento de todas las obras junto al alcalde.

Los años pasaron, el pueblo comenzó a parecerse a una ciudad; Laura como siempre se sentaba en la terraza del frente de su casa, una tardecita de verano mientras miraba a lo lejos las copas de los árboles ya crecidos en el pueblo, veía prenderse de a poco las lucecitas, en ese momento su luz interna se apagó.

Un tiempo después en una ceremonia en la ahora hermosa plaza, el alcalde cortó una cinta, el pueblo había sido declarado ciudad, el nombre elegido era el apellido de Laura y Braulio.